

Núm. 11.

[*Parte del general Joaquín de la Pezuela al virrey del Perú, marqués de la Concordia*].

[Campamento de Viluma, 29 de noviembre de 1815].

Excelentísimo señor. Mi apreciable jefe y señor. Después de una penosa marcha llegué el 26 a las alturas de Chacapaya poco más de una legua distante de estas llanuras; pero tan escabrosa la bajada de ellas por el camino usual y con tantos recodos en su quebrada, aparentes para emboscadas, que hacían impracticable el paso con la oposición que hallé. Los enemigos según las noticias anticipadas que tuve me esperaban por el camino de Sipe Sipe, y a su frente habían tomado una fuerte posición en dos morros distantes poco más de medio tiro de cañón de la desembocadura, por cuya razón elegí la otra ruta desde Tapacarí: y aun la variación de ella en la última legua de bajada posesionándome de unos pináculos por cuyas cuchillas resolví ejecutar esta difícil operación. Rondeau dejó inmediatamente su primera posición y con todo su ejército que se acercaba a siete mil hombres, se vino a ocupar otra al frente de mi bajada; y emboscó sus mejores batallones para impedir la colocación en la llanura su caballería que subirá a mil de buena gente la mayor parte: pero despaché todas mis tropas ligeras por una loma elevadísima de mi izquierda, dos batallones por otra del centro, y la caballería desmontada por la derecha, con lo que logré ponerme superior en todas direcciones a ellos, y descubrirlos por todas partes. En este estado y acercándose la noche dispuse dar descanso a esta tropa que se había batido por todas partes, subiendo y bajando montañas durante todo el día; y como había dejado en la primera altura que tomé todos los equipajes, víveres y tiendas de campaña, la pasamos todos al raso, y sin tener qué comer. El 28 por la mañana emprendí por todas partes el ataque, y a pesar de que los enemigos hicieron una tenaz resistencia, logré desalojarlos de todos los puntos, y ocupar la falda de la montaña a las tres de la tarde. En dicha hora despaché el regimiento segundo, el escuadrón de Olarria (bizarro y valiente en sumo grado) y la parte menos fatigada de los de Lavin y Vigil, y fui con ellos a reconocer el terreno por donde debía caminar al día siguiente. Se empeñó una fuerte acción con la mayor parte de la caballería enemiga, y los dos regimientos de pardos y morenos en quienes Rondeau (con razón) tenía mucha confianza: pero fueron sin embargo batidos y conseguí hacer el reconocimiento a mi gusto, sin embargo de que con su artillería larga, y un obús de siete pulgadas, nos hacían un vivo fuego. Pasó todo el ejército la noche al raso como la anterior, y una hora antes de amanecer puse en movimiento todos los cuerpos que formé en columna en las llanuras. Marché con ellos sufriendo bastante fuego de la artillería enemiga, y desplegándolos en batalla y por el orden oblicuo, ataqué todo el flanco derecho de la línea de Rondeau, que se vió precisado a variar su posición en el momento que descubrió la disposición de mi marcha, ejecutándolo con más conocimiento militar del que yo le juzgaba, y aprovechándose de cuantas ventajas le ofrecían las cercas y arboledas inmediatas a su línea, en donde sus tropas ligeras hicieron una resistencia fuertísima parapetados en ella contra las mías que iban a cuerpo descubierto. Todos estos obstáculos fueron vencidos en proporción que el ejército marchaba hasta empeñarse el fuego por ambas líneas que duró el espacio de dos

horas; ocurrió durante ellas el que no hubiese cuerpo alguno que no tuviese ocasión de empeñarse, hasta los de reserva que tuve que ocupar en los principios de lo fuerte de la acción. Fueron los enemigos batidos y desalojados de todas partes: pero reuniéndose siempre y perdiendo el terreno palmo a palmo con tesón y una disciplina como pueden tener las mejores tropas. Su caballería trabajó admirablemente. A las once de la mañana y después de haber dejado el campo sembrado de armas y cadáveres, perdida toda su artillería y campamentos, se pusieron en precipitada fuga, y han sido perseguidos por espacio de tres leguas, hasta esta hora que son las cinco de la tarde.

Olarria se ha acreditado de una manera que si no me perteneciese como pariente inmediato hablaría de su comportamiento: pero básteme decir a vuestra excelencia que en la persecución acabó con un regimiento de negros pasando con su escuadrón a cuchillo más de 400 de ellos. El batallón de cazadores ha procedido asombrosamente: fue atacado en la mitad de la acción por 300 hombres de caballería, los recibió con la bayoneta después de hacerles una descarga cerrada, y cambió dos veces el frente en el todo y parte de él, dando lugar a que se le aproximase la caballería de Vigil, que acuchilló la enemiga a toda su satisfacción. El escuadrón de Marquiegui cumplió con igual bizarría desembarazándose de otro grueso de caballería que lo rodeó, y Marquiegui después de haber muerto a varios con su sable, ha quedado gravemente herido; y mortalmente el comandante de cazadores Rolando. En una palabra, el Rey, la nación, vuestra excelencia y yo, debemos estar llenos de agradecimiento a todos estos individuos militares desde el primer jefe hasta el último tambor de todo el ejército; pues se han portado todos a porfía de un modo tan igual que sólo las casualidades que ofrece una batalla han hecho que uno u otro cuerpo haya tenido más lugar de distinguirse. El batallón de valdivianos, chilotes y su compañía de cazadores que es del regimiento de Talavera, es tropa asombrosa, y fue el cuerpo que tomó la lomita en que los enemigos tenían situada la mayor parte de su artillería. Dos soldados después de haber muerto a dos oficiales enemigos que tenían cada uno su bandera, las tomaron y me las han presentado, por otra ganada por el valiente batallón de partidarios cuyo comandante Valle se ha portado con el valor que acostumbra. El coronel Alvarez se ha distinguido mucho mucho; y el comandante general de avanzadas Olañeta, acreditado desde el principio de esta guerra, se ha llenado de gloria en estos días.

Mi segundo el apreciable Ramírez, y el mayor general Tacón han trabajado de manera que nada me han dejado que desear. El intendente Arrieta que en las batallas de Vilcapujio y Ayohuma estuvo siempre a mi lado, no se ha apartado un punto de él, durante esta batalla con su hijo, sin embargo de su tierna edad de nueve años, que también me ha servido en lo que le he ocupado, y su padre de mucho. En suma no tengo voces con qué explicar el comportamiento de todos, y por lo tanto confío en que a vuestra excelencia no le parezca: ni la piedad de su majestad que tanto aprecian los militares americanos, y europeos que le sirven tan noble y valientemente en esta distancia desaprobe las gracias que he concedido por de pronto en el campo de batalla.

No sé hasta ahora cuál ha sido la pérdida por ambas partes, pues escribo a vuestra excelencia ésta en el campo de la acción: pero la de los enemigos pasará acaso de 1,500 muertos, más de otros tantos heridos, sobre 500 prisioneros que

se me habrán presentado hasta ahora, incluso de 20 a 30 oficiales. Armas muchas que están sembradas por el campo. La nuestra debe ser de consideración no tanto con respecto a su número, como a lo que vale un soldado de este ejército del Rey. Los de artillería con su comandante Valdez han hecho lo que siempre han ejecutado los individuos de esta arma.

Tengo en consecuencia de todo, el gusto de participar a vuestra excelencia que he concluido con el segundo ejército de los insurgentes de Buenos Aires; y con la altanería (acaso sin ejemplo) del caudillo Rondeau, que le mandaba, el cual despreciando del modo más soberbio aquellas insinuaciones de reconocimiento a nuestro preciado Rey Fernando, que le hice con su mayor general prisionero el vil Martín Rodríguez, usando de la generosidad de ponerlo en libertad bajo la palabra de ser canjeado por dos coroneles nuestros, y de cumplir lo que se me ofreció, dijo cuando se le nombró director supremo de su insurgente gobierno, que se le permitiese no ir a tomar el mando hasta concluir con el agonizante tirano.

Mañana saldrá mi segundo con dos cuerpos sobre Cochabamba; el comandante general de avanzadas Olañeta con tres sobre Potosí; y yo continuaré mi marcha a la primera, y en seguida caminará una división sobre Chuquisaca para tomar posesión de más provincias. Saldrá también un batallón a conducir los prisioneros a Oruro, y emprender desde allí su marcha a exterminar a los caudillos Lanza, Zárate y Flores comisionados por Rondeau a mortificar la ciudad de La Paz, y especialmente el partido de los incas.

Despacho a vuestra excelencia por la posta con mi edecán el capitán Quiñones esta agradable noticia, y espero que por ser el conductor de ella, y un oficial valiente y de honor le conceda vuestra excelencia el empleo de capitán veterano de caballería con el sueldo de tal.

Las tres banderas que conduce Quiñones pido a vuestra excelencia sean colocadas en la capilla de Santa Bárbara del parque de artillería, cuya obra dirigida por mí con aprobación de vuestra excelencia merece mi memoria como hijo de este cuerpo a quien debo mi educación militar, esperando que vuestra excelencia se sirva autorizar con su persona el acto de su colocación, y dedicación a la Virgen del Carmen generala de este ejército del Rey, que es a quien debemos hoy la satisfacción que por su protección hemos conseguido los que le componemos.

Repítese con este agradable motivo a la disposición de vuestra excelencia su apasionado servidor que su mano besa.— *Joaquín de la Pezuela*.— Señor marqués de la Concordia.

[Transcrito de: JUAN JOSE ALCON, *Diario de la expedición del mariscal de campo don Juan Ramírez sobre las provincias interiores de La Paz, Puno, Arequipa y Cuzco*, Lima, en la imprenta de don Bernardino Ruiz, 1815; el mismo *Diario* fue vuelto a publicar por el coronel Manuel de Odrio en sus *Documentos históricos del Perú* (Lima, Imprenta del Estado, 1872), Tomo III, Págs. 49-109, pero sin mencionar el nombre de Alcón.

Finalmente el *Diario* de Alcón ha sido publicado por Jorge Cornejo Bouzoncle en la *Revista del Archivo Histórico del Cuzco* (Cuzco, 1956), No. 7, págs. 179-220; y en la *Biblioteca de Mayo...* (Buenos Aires, 1960) Tomo V, págs. 4381-4433.]